

LA FIRMEZA DE LOS SENTIMIENTOS

por Ramón Mayrata

UN HOMBRE SOLITARIO hunde sus gruesas botas de agua en la arena mojada. Como una mano helada el invierno ha empujado por la espalda al otoño desprevenido. Hace frío. El hombre recorre interminablemente la playa desierta y sombría. Sus pasos crujen y la arena se desploma sobre sus huellas como cornisas que se derrumban.

Hay pasión y perseverancia en sus pasos y en su mirada. Pero en la playa no hay nadie. Su mirada tropieza con las piedras sorprendidas entre la arena. Es el encuentro de dos soledades. En las piedras desolladas por el agua y el sol, desgastadas por el viento, advierte la leve distancia que separa la materia viva de la materia inerte, pues en ambas se devana un desvalimiento común. Es una visión ineludible para un escultor, un paso previo para otorgar vida a la materia inorgánica.

Con la colilla agonizando en los labios sus manos buscan un poco de calor, hundidas en los amplios bolsillos del chaquetón que flota sobre su cuerpo enjuto. Sus fuertes brazos de escultor se quejan trabados. Pero esculpe con la mirada. Sus ojos, a la intemperie, palpan, examinan y acarician las piedras. Para contemplar a las piedras es indispensable imaginarlas. Cuando el hombre mira a las piedras, sólo arranca un pedazo de su verdad. El rastro de las titánicas transformaciones del planeta, la

hermética memoria geológica de un universo del que él también forma parte.

El otro fragmento de verdad está en él. Es esa conciencia de la que las piedras carecen y que las condena a vivir en un escenario vacío, imperturbable a pesar de las constantes metamorfosis que lo modifican sin cesar. Desde hace miles de años las piedras soportan, sin saberlo, como si estuvieran dormidas, una existencia que vaticina la de los hombres y se revela en sus violentas cicatrices. En su rugosa superficie los ojos del escultor reconocen la aspereza de la piel y en sus formas y volúmenes hallan la traza de músculos y tendones, la complexión de cuerpos casi humanos.

Entonces las manos del escultor extirpan las piedras de ese entorno despoblado de sentido, de esa soledad que es sólo física, no emocional. Recolecta las piedras como frutos y las deposita en el mundo de los seres humanos, de los sentimientos y de los gestos. Encuentran un lugar en el estudio aterido por la respiración glacial del invierno, acosado por el viento del norte.

Enclavadas en difícil equilibrio en el aire, sobre líneas dilatadas y oscuras, como venas de hierro a través de las que pasan sin esfuerzo, de una piedra a otra, la sangre que nunca han tenido, las piedras se miran, se acarician, se protegen o imprecán, substentan un ademán o un sentimiento. Son figuras sin rostro, sin mirada. La mirada está fuera, en ese gesto súbito, sorprendente como una alu-

cinación, que reúne a estos seres sin rasgos, ocultos tras el anonimato de una humanidad genérica.

Los gestos cotidianos de los hombres se refugian en las piedras sin rostro, y por lo tanto sin gesticulación, para reencontrar el silencio y la persistencia de una materia que el escultor percibe cercana a la eternidad. Y se transforman en sentimientos. No poseen otro equipaje estas figuras que los gestos que se convierten sensiblemente en sentimientos con la tenacidad de la piedra. Basta la ligera inclinación de las escuálidas y alargadas extremidades del *Autorretrato* sin cabeza, para suscitar la presencia del pensamiento absorto del escultor, cuyo vigoroso brazo se clava en sí mismo. O la doble y tierna curvatura que insinúa la protección de la *Paternidad*. O la caricia o *El beso* que ablanda dos piedras que se aproximan. No hay apariencias. Sólo el puro gesto, el puro sentimiento que en *El saludo* revela rotundamente la amistad y en *El paseo* los enamorados que juntan sus manos les entrega una senda común. La afectividad se imprime en la materia con la energía con que la geología cincela en la piedra el universo.

Noviembre, 1996